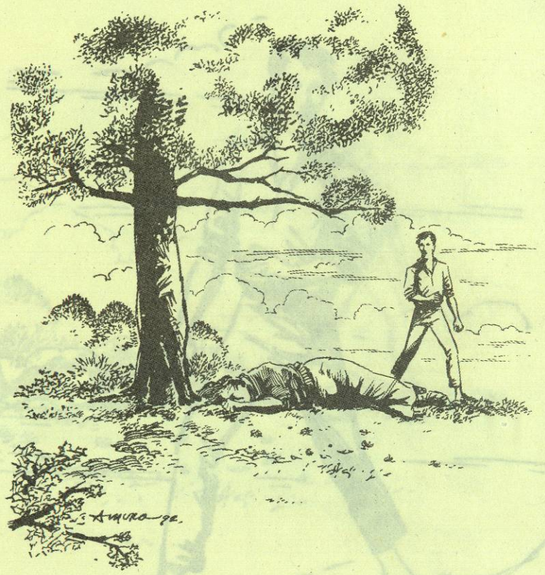
EL PEOR INVENTO
DE
ATENOGENES LONGORIA

Luis Antonio Lucio López

EL PEOR INVENTO

DE

ATENOGENES LONGORIA



Cuando Exígeno Conó nació, su madre Gasparina estuvo a punto de morir en el parto. En sus nueve meses de embarazo nunca había tenido un sólo antojo, pero ese día al recorrer las empedradas calles de Boca de San Pedro se dió la atragantada de su vida. Fue cuando regresaba a su choza de adobe y techo de palma que su esposo Pancracio Zavala le había construído a quinientos metros del arroyo, dos meses antes de casarse en la ermita del pueblo. Acalorada por el sol del mediodía, Gasparina buscó sombra bajo las ramas de un árbol de anacua y presa de su primer antojo comenzó a comer y comer los

pequeños frutos sin poder contener la gula. No supo si eran dolores de parto o de indigestión, pero sintió en el vientre calambres tan dolorosos que no supo cuando perdió el conocimiento. Ivenías del Río, un joven de 20 años cuyo origen era desconocido, pero que los habitantes del pueblo habían adoptado hace 15 años, la encontró tirada bajo el árbol.

Por un momento pensó que estaba muerta al verla inmóvil, pero tarde se dió cuenta de su error cuando Gasparina comenzó a convulsionar y a arrojar los frutos verdes de mayo que compulsivamente había comido. Entonces comenzó a gritar, a pedir auxilio. Pancracio estaba en la cantina del puente corriéndose una parranda con mezcal curado, cuando escuchó los gritos ese día de suerte. El hombre que estaba a su lado se secó el sudor de

la frente, se acomodó sus lentes redondos, hizo a un lado el sombrero de fieltro, cuyo estilo pondrían de moda muchos años después los detectives, y dijo: "Vamos".

La noche anterior Pancracio Zavala había tomado aguardiente con Toño Mitates, el dueño de la cantina del puente, quien tenía una parte del rostro desfigurado y sus brazos y manos arrugadas y negruzcas a causa de quemaduras de primer grado. Aquella noche Toño Mitates había llorado, cuando Pancracio le contó la felicidad que lo invadía al esperar el nacimiento de su primer hijo, y el confesó que a causa de sus malformaciones nunca había podido casarse. En los sopores del alcohol Toño Mitates recordó y contó como le había pasado aquel accidente. Cuando la Revolución Industrial llegó a Boca de San Pedro, dijo, se construyeron vías de

ferrocarril y la primera en estrenarlas fue una pequeña máquina de vapor. Para hacerla funcionar tenían que poner en su caldera docenas de kilos de carbón que extraían de la mina junto con otros minerales. Atraído por la curiosidad de sus diez años todas las mañanas iba a la estación y se sentaba en las bancas de durmientes a observar. Sentía que se le revolvía el estómago de ansiedad por subir a aquel monstruo de acero hasta que un día no pudo más y aprovechando un descuido del maquinista subió hasta la cabina, se puso una cachucha gris con rayas azules que el ferrocarrilero había dejado en su descanso y se paró en el asiento del operador. Con su boca trató de imitar el silbato del tren; después se dirigió a la caldera, observó la pala y la puerta del depósito de carbón. Ya en su cuerpo brotaban gotas de sudor por el excesivo calor, pero ni eso detuvo su espíritu aventurero. Cargó la pala con piedras

de carbón, pensó que la aza de la puerta estaba caliente y tuvo la precaución de ponerse unos guantes que había encontrado bajo la gorra del ferrocarrilero. Entonces con paso firme abrió la puerta y una lengua de fuego lo alcanzó hasta quemar la parte derecha de su rostro, su brazo y parte de sus manos al hacerse extensivo por entre sus ropas. Alguien lo rescató y lo llevó a la enfermería de la mina, donde los gringos que la explotaban decidieron ocultar el accidente por temor a que la gente del pueblo destrozara la máquina en represalia. La mamá de Toño Mitates casi fue secuestrada por un par de capataces, quienes le dieron una cantidad de dinero con la que indemnizaban al pequeño y la dejaron en el pueblo más lejano con la consigna de no volver. Al paso de los años la madre de Toño Mitates murió y él decidió regresar a Boca

de San Pedro cuando ya la mina se había agotado y los gringos se marcharon.

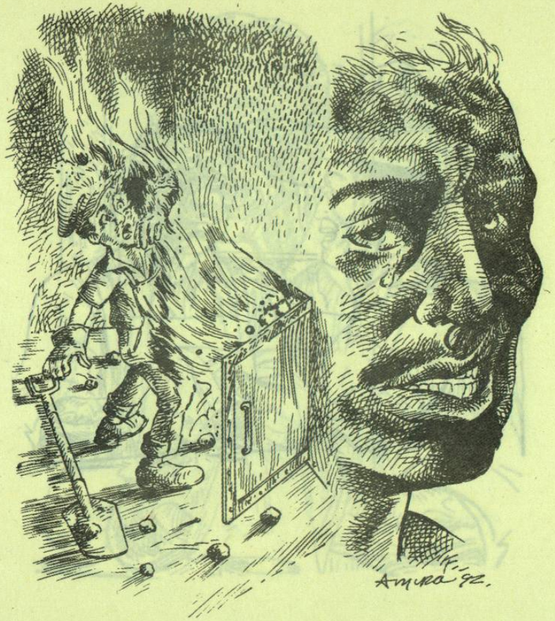
Con algo de dinero que le había quedado a su mamá compró la casa del puente fue al rancho de vino, adquirió un tanque de doscientos litros de mezcal, construyó varias mesas de madera con sus respectivas sillas y abrió su negocio. Atanasio Puente fue el primero en visitar la cantina cuando Martina del Campo, a quien pretendía desde hacía varios años, decidió darle el sí. Se tomó casi un litro de mezcal y cuando eufórico decidió ir a darle serenata a su amada, le tomó la mano afectivamente al cantinero y antes de irse le preguntó:

—Oiga amigo ¿cómo le va a poner a este lugar donde pasé los primeros minutos de felicidad en mi vida?

Nervioso por ser su primer día de comerciante, Toño Mitates no supo que decir, había pensado en todos los detalles menos en el nombre. Y entonces apurado por la situación expresó lo que siempre tenía en su mente:

—El Fogonazo

Y Atanasio se encargó de hacer famoso aquel lugar. A donde iba a todos contaba de El Fogonazo y la cantina comenzó a ser muy visitada. Al grado que venían de otro pueblos a tomar mezcal curado del tambo de doscientos litros, que cada semana era renovado. Esa noche Toño Mitates dijo entre lágrimas a Pancracio lo que a nadie había contado y los dos se juraron amistad eterna.



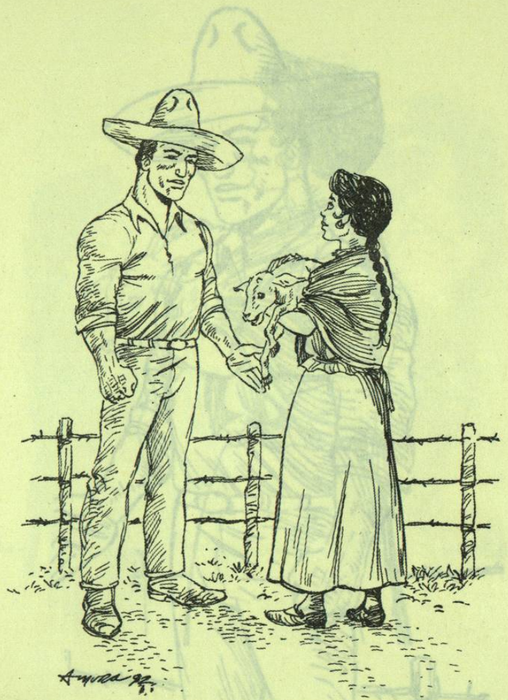
Pancracio Zavala se retiró, fue a la cama de Gasparina y tocó su vientre y fue cuando por primera vez sintió a su hijo moverse y entonces el también lloró. Se arrodilló en la cabecera y besó la frente de su mujer, que fingía estar dormida y le dijo entre sollozos:

—Te quiero

Pancracio tenía fama de hombre duro, nunca derramaba una lágrima ni decia frases de amor. Por eso nunca fue un enamorado. Se pasaba el día sembrando su labor o cuidando las pocas cabras que tenía. Un día un macho que tenía poco de nacido se extravió y fue a dar al solar de los Calles. Gasparina descubrió al chivito balando, atorado en las púas de la cerca y fue a su rescate. Cuando logró desatorarlo ya estaba frente a ella Pancracio Zavala.

Gasparina se levantó, con sus manos quitó una espina de nopal que el animalito tenía clavada en una de sus patas y con gran ternura lo abrazó para devolverle la paz que había perdido en sus momentos de incertidumbre. Después fijó sus ojos en los de aquel joven de casi dos metros de altura de pecho ancho y piernas musculosas y con voz que a él le pareció angelical le dijo:

— ¿Es de Usted? —

El no supo que decir, por primera vez desde que murieron sus padres y quedó sólo en el rancho, volvió a sonreir y en su mirada se borraron las imágenes de su pasado amargo. Y en sus ojos brilló una chispa de felicidad. Entonces musitó:

—"Si no lo toma como una ofensa se lo regalo".